



El Niño pone en riesgo la producción de alimentos

La intensificación del fenómeno climático eleva el riesgo de sequías, inundaciones, calor extremo y pérdidas agrícolas en distintas regiones del mundo. La FAO y la Organización Meteorológica Mundial advierten que la ventana de anticipación ya está abierta: actuar antes de que lleguen los impactos puede marcar la diferencia entre una emergencia y una crisis alimentaria.



En algunas zonas aumenta el riesgo de sequía y calor extremo; en otras, las lluvias intensas pueden provocar inundaciones, deslaves y pérdidas de cultivos.

El mundo se prepara para un nuevo episodio de El Niño, pero esta vez el fenómeno llega a un planeta considerablemente más cálido. La combinación puede amplificar sus efectos sobre las lluvias, las temperaturas, la disponibilidad de agua y, especialmente, sobre los sistemas que producen los alimentos.

La Organización Meteorológica Mundial (OMM) confirmó en septiembre que El Niño está plenamente establecido y continuará fortaleciéndose durante los próximos meses hasta alcanzar una intensidad muy fuerte, con su probable punto máximo hacia finales de 2026. Los pronósticos de la organización señalan una probabilidad cercana al 100 por ciento de que el fenómeno persista hasta febrero de 2027.

La Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) ha colocado el fenómeno en el centro de la agenda de prevención debido a sus posibles repercusiones sobre cultivos, ganado, agua, medios de vida rurales y seguridad alimentaria.

Pero existe una diferencia fundamental frente a otras emergencias climáticas: El Niño puede verse venir.

Sus señales pueden observarse y monitorearse con meses de anticipación. Esa información permite tomar decisiones antes de que una sequía destruya una cosecha, antes de que una inundación arrase un cultivo o antes de que la falta de agua obligue a una familia productora a vender parte de sus bienes para sobrevivir.

La pregunta, por tanto, ya no es solamente qué tan intenso será El Niño, sino **qué tan rápido seremos capaces de convertir la información climática en decisiones concretas.**

Cuando el clima golpea al campo, el impacto llega a la mesa

El Niño es un fenómeno natural asociado con el calentamiento anormal de las aguas superficiales del Pacífico tropical. Esa alteración modifica los patrones atmosféricos y puede cambiar la distribución de las lluvias y las temperaturas en diferentes regiones del planeta.

No todos los territorios reciben el mismo impacto. En algunas zonas aumenta el riesgo de sequía y calor extremo; en otras, las lluvias intensas pueden provocar inundaciones, deslaves y pérdidas de cultivos.

La FAO identifica actualmente riesgos importantes para la agricultura en regiones como el Sahel, África austral, el sur y sudeste de Asia, el Corredor Seco de Centroamérica y algunas zonas del Caribe. Su análisis, basado en 41 años de información satelital, señala que en determinadas áreas agrícolas existe una probabilidad superior al 50 por ciento de sufrir sequía agrícola durante periodos críticos de producción.

El problema no termina en el campo.

Cuando una cosecha se pierde, disminuyen los ingresos de las familias productoras. Si muere el ganado, se pierde patrimonio. Si escasea el agua, aumentan los costos. Y cuando disminuye la oferta de determinados alimentos, las presiones pueden trasladarse a los mercados y al presupuesto de los hogares.

La FAO advierte que los impactos de El Niño pueden encadenarse: una mala cosecha puede provocar pérdida de ingresos; la pérdida de ingresos puede aumentar el endeudamiento; y una sucesión de temporadas adversas puede empujar a las familias a migrar en busca de alimentos, agua o nuevas fuentes de sustento.

La experiencia reciente ofrece una dimensión de lo que está en juego. Durante el episodio de El Niño de 2015-2016, más de 60 millones de personas resultaron afectadas y se generaron llamamientos humanitarios por alrededor de 5 mil millones de dólares en 23 países, de acuerdo con la FAO.



Cuando una cosecha se pierde, disminuyen los ingresos de las familias productoras. Si muere el ganado, se pierde patrimonio. Si escasea el agua, aumentan los costos.



La ventaja que ofrece la anticipación

Ante este escenario existe una herramienta que no puede desperdiciarse: el tiempo.

Los pronósticos climáticos permiten identificar con anticipación las regiones que podrían enfrentar condiciones adversas. Esa información puede utilizarse para modificar calendarios de siembra, seleccionar variedades resistentes a la sequía, almacenar semillas y forraje, asegurar reservas de agua, proteger al ganado y fortalecer sistemas de alerta temprana.

También permite dirigir los recursos hacia los territorios donde el riesgo y la vulnerabilidad coinciden.

La FAO ha desarrollado mapas de riesgo agrícola que combinan información histórica sobre sequías asociadas con El Niño, pronósticos de precipitación y condiciones de seguridad alimentaria. El objetivo es pasar de una advertencia general a una acción localizada: saber dónde actuar, cuándo hacerlo y qué apoyo necesita cada comunidad.

La experiencia demuestra que anticiparse puede cambiar los resultados.

Antes del episodio de El Niño de 2023-2024, una iniciativa regional en África austral movilizó cerca de 31 millones de dólares para apoyar a más de dos millones de personas en siete países mediante semillas, asistencia para el ganado y sistemas de información y alerta temprana. En Centroamérica, la distribución oportuna de semillas tolerantes a la sequía y de ciclos cortos ayudó a algunas familias a mantener la producción de alimentos durante condiciones adversas.

La lógica es sencilla: es menos costoso proteger una capacidad productiva antes del desastre que reconstruirla después de que se ha perdido.

El desafío no termina cuando pase El Niño

La emergencia climática tampoco puede analizarse únicamente como un episodio temporal.

El Niño es un fenómeno natural, pero ocurre ahora sobre un planeta cuya temperatura de fondo es más elevada. La propia FAO advierte que el fenómeno se desarrolla en un contexto de cambio climático que puede intensificar determinados extremos de calor, sequía, incendios y lluvias intensas.

Por ello, la adaptación debe mirar más allá de la próxima cosecha.

La recuperación de suelos degradados, la agroforestería, el manejo eficiente del agua, la diversificación productiva, los sistemas de producción más resilientes y el fortalecimiento de las capacidades de las comunidades rurales son medidas que pueden reducir la vulnerabilidad frente a distintos escenarios climáticos.

No se trata únicamente de producir más alimentos. Se trata de proteger la capacidad de las familias para seguir produciéndolos cuando las condiciones cambien.

En junio de 2026, la FAO y el Programa Mundial de Alimentos (PMA) lanzaron un llamado conjunto de acción anticipatoria por 202 millones de dólares para proteger a 8.8 millones de personas en 22 países de alto riesgo frente a los posibles impactos de El Niño. La iniciativa contempla actuar antes de que los fenómenos extremos se conviertan en pérdidas mayores para los hogares y los sistemas alimentarios.

La cifra revela una realidad importante: la prevención climática ya no puede considerarse un gasto complementario; es una inversión para proteger vidas, ingresos y alimentos.



4 CADENA DE MEDIO AMBIENTE



Actuar a tiempo no es solamente una decisión técnica: es una responsabilidad social

8 CADENA DE AGUA

El agua y la infraestructura también son adaptación

En este contexto, la adaptación climática no depende exclusivamente de grandes obras o de decisiones tomadas en los foros internacionales. También se construye desde los hogares, las comunidades y los territorios.

El acceso al agua, su almacenamiento y aprovechamiento eficiente, la captación pluvial, las ecotecnologías, la vivienda adecuada, la energía y las capacidades productivas forman parte de las condiciones que pueden determinar qué tan vulnerable es una familia frente a un periodo prolongado de sequía, una inundación o una interrupción en el suministro.

Desde esta perspectiva, el Modelo de Ecosistema de Bienestar de Congregación Mariana Trinitaria (CMT) incorpora cadenas de atención relacionadas con agua, vivienda, medio ambiente, energía e inclusión productiva, entre otras áreas.

A través de la Cadena de Agua, CMT impulsa alternativas vinculadas con almacenamiento, captación y aprovechamiento del recurso, mientras que sus acciones ambientales incorporan ecotecnologías orientadas a mejorar las condiciones de los hogares y las comunidades.

El valor de estas intervenciones no está únicamente en resolver una necesidad inmediata. Está en fortalecer capacidades antes de que una emergencia obligue a las familias a comenzar desde cero.

Porque cuando una comunidad cuenta con mayores posibilidades para almacenar agua, proteger sus bienes, mantener condiciones adecuadas de vivienda o sostener una actividad productiva, también aumenta su margen de respuesta frente a un escenario climático adverso.



SISTEMA DE CAPTACIÓN DE AGUA DE LLUVIA.

La ventana está abierta

El Niño no puede evitarse. Sus efectos tampoco pueden predecirse con exactitud absoluta para cada comunidad. Pero existe algo que sí puede hacerse: prepararse antes de que los impactos sean irreversibles.

La OMM ya advierte que el episodio continuará fortaleciéndose y que sus efectos sobre las temperaturas y las precipitaciones pueden extenderse hasta 2027.

La FAO, por su parte, ha mostrado dónde se concentran algunos de los principales riesgos agrícolas y ha insistido en que la anticipación permite proteger cosechas, ganado, agua y medios de vida antes de que las pérdidas ocurran.

El mensaje es claro: el pronóstico solamente tiene valor cuando se convierte en acción.

Gobiernos, productores, empresas, organizaciones sociales y comunidades tienen frente a sí una ventana que no permanecerá abierta indefinidamente. Es momento de revisar reservas de agua, proteger infraestructura, fortalecer sistemas de alerta, ajustar calendarios agrícolas, asegurar insumos, recuperar suelos y dirigir los recursos hacia quienes tienen menor capacidad para absorber una nueva pérdida.

Esperar a que llegue la sequía para hablar de agua; esperar a que la cosecha para hablar de alimentos; esperar a que una familia abandone su comunidad para hablar de resiliencia, significa llegar demasiado tarde.

La verdadera prevención comienza antes de la emergencia.

Y frente a un fenómeno que puede anticiparse, actuar a tiempo no es solamente una decisión técnica: es una responsabilidad social.

